

REGISTRO

del Eco del Norte.

T. 1.º Trujillo Miercoles 14 de Marzo de 1838. N. 68.

Se publica Miercoles y Sabado de cada semana.

CHILE. EL MICROSCOPIO.

—d'intrigues

*Barbouilleurs de papier d'ou viennent tant
Tant de petits papiers de cubales de brigues?
S'agit il de l'emploi de fermier genéral,
Ou du larga chopau qui coiffe un cardinal?*

YA QUE OTRO NO CHISTA NI SE MUEVE,
QUIERO YO SER SATIRICO QUIJOTE
CONTRA TODO ESCRITOR FOLLON Y ALEVE.
(TRADUCCION NUESTRA)

Num. 1. Santiago de Chile, Enero 31 de 1838 (1 real)

Conocemos que es aventurado salir a la luz publica en una época, en que felizmente para nuestra patria, puede reputarse por muy desgraciada la madre que no pare un hijo escritor. Y no como quiera escritores, sino profundos estadistas, sabios publicistas, y sobre todo proyectistas maravillosos, capaces de convertir en otros Cantones Suizos los desiertos de Siria ó de Atacama, y de mantener con firme mano la balanza política entre el Biledulgerid y la Groenlandia. Epoca venturosa, preferible a aquella por la cual suspiraba el lunatico caballero de la mancha, escandalose en aquellas sentidas palabras: "Dichosa edad y dichosos tiempos aquellos a que los antiguos pusieron nombre de dorados. . . Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortizas. . . Todo era paz entonces: todo amistad, todo concordia." Por que, ¿que vienen a ser todos esos goces inocentes y pacíficos con los que proporciona el actual estado político y moral de los pueblos? ¿Quien puede medir la distancia entre los placeres materiales y limitados de la sociedad primitiva, y los inefables que proporciona la ancha esfera de actividad mental a que les impulsa la moderna civilización? Y sin echarnos mas que a la celestial invencion de la imprenta: ¿pueden compararse los bienes que nos ha traído a los que han disfrutado todas las generaciones que nos han precedido? Sin ella, ¿tendríamos siquiera el "Mercurio" el "Cura Monardes" y el "Nuncio de la guerra"? Que valen esa paz, esa amistad, esa concordia, al lado de ese espíritu de hostilidad, de rencor y discordia que tan bellamente nos predicau? Revolvamos las aguas en todo sentido; dicen UU. *Et capiunt vitium, ni moveantur aquae.* Cuenta con los vortices ó remolinos. Solo solamente sopla sin riesgo las tempestades, y UU. no pueden aspirar a ese privilegio, por que no son Dioses.

Nosotros, que no tenemos tan altas pretensiones, ni menos moveríamos el mundo aunque se nos conseniese el punto de apoyo que pedía Arquimedes; pero que en cambio, basándonos de patriotas que desean sinceramente y sin trampantojos, ni ficciones, ni esfuerzos epilépticos, la dicha de nuestra patria, habiemos de bajar, aunque a pesar nuestro, a combatir con UU. en la arena, donde tantas palmas literarias les han granjeado la detraccion y la impostura. Para ello, y sin envidiarles la gloria de luchar contra el merito y la virtud, nos limitaremos a patrocinar una mas noble causa, confutando las torpes calumnias con que vanamente intentan mancillar una reputacion clásica. Las obras maestras de los Fijas y de los Praxiteles pueden ser ensuciadas por el lodo; mas un poco de agua basta para limpiarlas de tales inmundicias.

Arranquemos, pues, la manoseada máscara del patriotismo a esos advenedizos, para quienes la pitanz que obtienen ó que esperan es el supremo bien de la sociedad. "Vuestra religion es vuestro vientre, podríamos repetir con un ingenio escritor, y vuestra patria todo pais de cucacha." ¿Y son estos hambres los que osan erijirse en oráculos ó interpretes de la voluntad nacional? ¿Los que, poco hace, se prosternaban ante la escatua que ahora pretenden derrocar? ¡Ingratos! Sin la prudente conducta de ese mismo J. J. a quien tanto acrimináis, tiempo ha que algunos de vosotros disfrutabais como una felicidad de las infelices márgenes del lago de Titicaca. Pero no estaba aun cumplido vuestro destino: escrito estaba que habiais de volver a encender de nuevo en Chile la tea de la discordia, a escitar las divisiones y los odios; y lo que es mas, a mantener en el olvido y olvido a muchos incautos que aun creen en vuestras mogigangas, en vuestras noticias falsas, y en vuestras encastradas y autografias comunicaciones.

Pero no crean, por muchos esfuerzos que empleen, por mucha táctica revolucionaria que desplieguen, por mucho mentido patriotismo que ostenten, que conseguirán estraviar la opinion pública. Los chilenos saben mejor que los "Mercurios," los "Nuncios" y los "Coras Monardes" lo que les conviene: les basta su alta razón y sano juicio, y para nada necesitan de las predicas de estos enajenados. Pasó el tiempo de los Pedros Hermitaños. Las masas populares no se conmueven ya al grito de los fanáticos religiosos ni políticos; nadie abandona ya sus hogares, ni vese el duro y centellante peto, ni empina la nariz y la alarga para tener el placer de ir a morir en los desiertos de la Palestina. Reposemos tranquilos a la sombra de nuestros laureles; na a tememos que tener despues de haber sido inevitablemente la suerte de nuestra patria, quecurando

al yugo español, asediado de la cruz de los peruanos, en el Boreando del Pacifico, y fundando instituciones que aseguran para siempre nuestra prosperidad é independencia.

Observaciones militares sobre la campaña del Perú.

Depende de el buen resultado del ejército restaurador, por su corto número, de la cooperación de los pueblos del Perú, habiendo faltado esta, como realmente falló, las maniobras del ejército debían ser nulas y de ningún éxito.

Dos verdades tenemos a la vista en la proposición que acabamos de establecer. La una, la necesidad que tenía el ejército, por su poca fuerza, de la cooperación de los pueblos;—necesidad que todo el mundo repetía antes de zarpar la expedición, y se halla apoyada en este axioma del maestro de la guerra:—"En el día el mayor número, y no la clase del soldado decide de las victorias."—La otra, el ejército expedicionario debió haber perecido, ya en una batalla, ya en una retirada.

Un ejército que se había internado 40 leguas en el país enemigo, sin movilidad, sin base de operaciones, pues los buques no podían reputarse como tal, por no tener a su bordo todos los elementos necesarios a una campaña; que no podía reponer sus bajas; que no tenía apoyadas ninguna de sus alas; descubierta por todas partes; que suerte hubiese corrido, al ser atacado a un tiempo mismo su frente y uno de sus flancos por un enemigo numeroso? Respondan a esta pregunta aquellos que hayan observado en los campamentos el título de veteranos, y no esos militares nuevos, instruidos por curiosidad, y lo malos por agasajo. Digase lo que se quiera; el arte militar, como todas las ciencias exactas, está sujeto a principios y no a milagros. Un general nada podrá esperar de las palabras vagas, casualidad, arrojo, fortuna; todo lo deberá agarrar de la realidad de sus cálculos. Y si es evidente que la ciencia de la guerra tiene sus axiomas, ¿hay una precisión absoluta de abandonar todos los sofismas, y juzgar al General Blanco, no por estos, sino por aquellos. En una palabra; demuestre militarmente que una división de tres mil hombres, sin la cooperación de los pueblos, es bastante para conquistar el vasto territorio peruano, maniobrar libremente en todas direcciones, y batirse, ó retirarse en el punto que quiere; entonces será culpable el General Blanco. Mas acriminar su conducta, solo por los cargos que han presentado hasta hoy las exageraciones de la ignorancia, es una injusticia que reprobaba todo hombre de bien. Por otra parte, ¿hubiera la nación reportado más utilidades, perdiéndose todo el ejército en una batalla, ó teniendo aquí íntegro, a la sombra de los tratados de Paucarpata? Resuelvan esta cuestión los hombres sensatos, los que conocen los verdaderos intereses de Chile, las miras de su política, y sepan valorizar la influencia de tal pérdida, con la del aumento de fuerza moral y física que en tal caso hubiese tenido el General Santa Cruz: entonces diez mil hombres serían insuficientes para derrocarlo. Si la fuerza del General Blanco hubiese consistido de seis mil chilenos, situados en cualquier punto del Norte ó Sur del Perú, no habría mendigado tristemente la cooperación de los pueblos; habría ocupado una estensa base de operaciones, dominado tres ó cuatro departamentos de los siete que cuenta el Perú, y precisado al ejército de la Confederación a situarse de todos modos a uno de los lados del Apurimac, obligan solo a ser batido en una batalla decisiva, ó a consumirse por la inmundicia y deserción.

Seis mil soldados, repetimos, no habrían mendigado, al modo que los tres mil del ejército restaurador, la cooperación de los pueblos, sin haber conseguido más que un simple y aparente efecto de la poca catáliza que les causaba tan pequeña fuerza. En ninguno de los puntos que tocó la ex-

pedición recibió el mas leve auxilio, ni el General en Jefe ni demas Generales y Jefes peruanos lograron hablar siquiera con alguna persona de respeto, por haber todos fugado a la vista de nuestros buques. En vano el autor de la campaña del ejército restaurador se alucina hasta el punto de decir: "En aquel momento se dejaron oír los vivas, y repiques prolongados con que el pueblo de Arica saludaba al ejército restaurador por su feliz arribo, y el muelle y las inmediaciones se cubrieron por los habitantes, que esperaban ansiosos su desembarco. El General en Jefe, acompañado de una parte de su Estado Mayor, salió a tierra inmediatamente, y en seguida verificaron lo mismo el General Lefunte y algunos otros Jefes peruanos. Varios individuos que en Arica se habían ocultado, solicitaron en la noche del mismo día, se les dijese si el ejército desembarcaba ó no en aquel punto, para mostrarse en publico en el primer caso, y apoyar el cívidamente sus operaciones. Ofrecieron al ejército 300 mulas para transportar el paque, equisajes &c." La simplicidad sola del relato atestigua la puerilidad del delirante escritor de la predicha campaña. *Apoyar cívidamente las operaciones del ejército, 300 mulas!* Si el pueblo de Arica no se dignó obscurar a sus antiguos defensores, a sus jefes, una arroba de carne fresca, ni un pan a sus paisanos, como podría prometer 300 mulas? Es tan falsa esta promesa, como lo son todas las exageraciones que se leen en la tal historia. Diga el autor de la campaña del ejército restaurador: ¿cuantos hombres se presentaron voluntarios a tomar las armas en Arica? ¿Cuantos en Islay, y que número en Quilca? Hable de los auxilios que recibió el ejército restaurador en Quilca, diganos algo de los víveres que vendieron sus habitantes al cuádruplo ó séxtuplo de lo que lejítimamente importaban; recuerde que eran tantos los hombres del país que brindaban al General en Jefe sus servicios, que no se hallaba uno que sirviese de guia al ejército que marchaba para Siguan. ¿Por que no se designa el número de reses y corderos que tuvieron listos los pueblos de Siguan, Vitor y Uchumayo? Confiese que el ejército restaurador tubo que alimentarse de charqui en estas jornadas, y no se ruborice de repetir: "¡Charqui en Siguan! ¡Charqui en Quilca!" Y no se dirá por los hijos que cooperaron los pueblos. (Continuará.)

MANIFIESTO DEL GENERAL BLANCO.

Al leer este anuncio en el "Cura Monardes," cualquiera creería que iba a pulverizar todas las razones y los hechos que contiene la esposición de aquel jefe, en apoyo de su conducta militar y política; pero no hai nada de eso; es el parlo de los montes. El pobre Cura ha creído que diciendo: "dificilmente se presenta al público otra pizda de esta naturaleza, mas desnuda de comprobantes de todo jenero, ni menos clara, ni menos honrosa para su autor" lo ha dicho todo. Pero, Señor Cura, permitanos que le digamos que en unos tiempos tan climáticos como los presentes a nadie se le cree sobre su palabra; las absolutas no son de moda, y es preciso probar bien ó mal las proposiciones que se asientan. Bien vemos que para un jenio, como aparece, tan vivaracho, este método debe serle el garro-o, y que es mas facil andar a casa de ejemplos históricos, vengan ó no al pelo, porque al fin los tontos se embaucan con estas peanterías, algo mejor que con razones.

Valia mas que nos hubiera dicho francamente General Blanco lo que dijo al Senado el Consul Postumino &c. Pero, Señor Cura zamano, no ve que estas son cosas mas desemejantes que su periodico y la Revista de Edimburgo? Por querer mtereso a cunlito, pega palos de ciego, sin reflexionar que en esto vulnera el honor, no ya del General Blanco, (pues para esto se trabaja) sino del ejército expedicionario todo entero. ¿Dónde está esa infamia con que tan gratuitamente quiere U. cubrir

Nuestros gloriosos peniones? La honrosa retirada del ejército chileno al frente de un número doble de enemigos, que aun acata su valor y disciplina, puede equipararse, sin incurrir en una brutal estupidez, al ejército romano, sorprendido, desarmado y pasando por bajo del yugo? Nuestros soldados, al volver a su patria, se han presentado ante sus conciudadanos como los soldados de Postumio en Roma, abatidos, humillados, ó bien ostentan en su erguida frente la conciencia de un honor inmaculado? Si el Jeneral Blanco constituido en una situación crítica, sin recursos ni para sostenerse en el Sur, ni menos para llevar la guerra al Norte, [como lo demostramos ampliamente en la serie de nuestro periódico] desengañado de tantas patrañas como contribuyeron a ponerle en esa misma posición difícil, hizo una transacción, en las circunstancias honrosa y útil, por más que digan, pues que por una parte, a favor de ella salvó su ejército con honor, y por otra, no era obligatoria para el gobierno, si no le acomodaba, que hubiera U. dicho, Señor Cura, de las capitulaciones de los ejércitos franceses en Egipto y Portugal. La Francia y la Europa entera apreciaron en su valor real todas las circunstancias que atrajeron las transacciones del Cairo y de Cintra. Ni un solo hombre cuerdo creyó infamadas con ellas las aguilas francesas, ni eclipsados los grandes nombres de Níot y Menou - y a un Napoleón no se le ocurrió tampoco desde la altura de su jenio y de su gloria tiznar la conducta, ni insultar la dignidad de sus capitanes. Estaba esto reservado entre nosotros al "Cura Monardes" y Compañía.

El Jeneral Blanco ha dicho en su exposición: "me es altamente sensible que dichos tratados no hayan merecido la aprobación del gobierno; pero añado: á él mas que á mí toca juzgar de la conveniencia ó inconveniencia en materia tan grave y transcendental." Por que supime el Cura este segundo miembro que completa el sentido de la oración? Y podrá decirse que en este lenguaje agrega el Jeneral Blanco el insulto á la ofensa ó la imprudencia á la imbecilidad? El fin es bacinar dictiores, y dar al traste en la verdad y buena fé. ¡Buena fé en el "Cura Monardes"! Esto sería pedir peras al olmo.

Debió [el Jeneral Blanco] haber hablado francamente. En esto solo incidimos con el "Cura Monardes," que por la traza es lansenista y no gusta de reservas mentales. Debió hablar poco mas ó menos en estos terminos. "El éxito de la campaña, llamese como se quiera, no ha dependido mas de mí que del Gobierno. El yo fuimos seducidos por las puererías y patrañas de unos despreciables charlatanes, que todo lo pintaban de color de rosa. Ambos tubimos la firmeza de creerlos, sobre su palabra, hombres de gran influencia, de relaciones honlamente instituidas del estado político, y moral y peculiar de aquellos pueblos, y capaces con un silvido de atraerlos en manadas para apresurarse a saquear a sus libertadores. Ciertó no ser testigo sino de los transportes de júbilo y entusiasmo al verse libres del yugo extranjero, y restituidos al goce de sus derechos naturales y políticos, y al regazo de una paternal administración que debían elejirse. Pero, ¿que sucedió? Distanciose todo el prestigio: hallamos que todas las noticias literarias que se nos habian dado eran falsas y aun falsisimas: trocóse la decantada influencia de nuestros próceres en rencorosa antipatía popular: en aislamiento sus extendidas relaciones, y el tan esperado pronunciamiento en sombrío silencio, en aquella calma que precede de ordinario a la tempestad. Los prometidos cánticos de alegría se convirtieron en lugubres endechas, y la ansiada tierra de promisión en yerma motada de la hambre y de todas las plagas de Egipto. Poco faltó, en fin, Señor Ministro, para hacer nacional y oportuna la comparación que el "Cura Monardes" hace entre el Consul Postumio y yo. Pero, mal

"que le pase; no hallé en Arequipa las horcas esudinas, ni pasó mi ejército por bajo del yugo. Le salvé, y le salvé sin mengua del honor y de su antigua fama, sirviendome los tratados que celebré para evitar la fusión de sangre sin objeto; pues que en las circunstancias ninguno podia proponerme, despues de tener practicamente el fatal desengño de un error, a que tanto el gobierno como yo fuimos, glorioso, pero incautamente trastrados. Necesario es, Señor Ministro; es del interés de la patria proceder en adelante con mas circunspeccion. Aleccionados por la esencia, debemos ser mas cauto; puesto que seria el colmo de la insensatez seguir creyendo a los que una vez, y tan cruelmente nos engañaron."

Así debió espresarse el Jeneral Blanco, y no andarse con paños calientes. En esta parte, volvemos a repetir, tiene razon.

"Pero el Jeneral Blanco, no solo se siente altamente afectado por la desaprobacion de los tratados; no solo desonra su error, llamando injusto y precipitado el juicio de la nacion, sino que apela ante el tribunal de la opinion pública de la atroz injusticia que se le hace." El Jeneral Blanco no ha llamado injusto ni precipitado el juicio de la nacion, sino de sus émulos, que forman la centésima parte de la nacion. Por eso apela a la opinion pública, ó a la opinion de la nacion, que es una misma cosa. Apelar del fallo de la nacion a la nacion, que es en sustancia a lo que se reduce el faciccinio del Cura, es no ya un injenioso patalogismo, sino un torpe barbarismo, capaz de desacreditarle aun entre sus mismos parroquianos, que es muy lo decir. Pero donde respaldan mas particularmente su claridad logica, elevacion de sentimientos, y sobre todo, de humanidad, es desde donde principia "Cayo Mancino; y concluye, Arequipa." Suplicamos a nuestros lectores repasen este trozo, digno de entrase en un coro de Garribes. El "Cura Monardes" insultando al objeto de su odio, inventa, calumnia, interpreta, sigue, en fin, siempre su natural instinto; y no será yo el que le dé la cruel respuesta que a uno de su mismo pelaje dió un célebre Ministro, recomeniendole por sus libelos infamatorios. "Señor, ¿que quereis que haga un desgraciado, que necesita apelar a tan infame oficio; es necesario que viva." "No, yo, esa necesidad," repuso friamente el Ministro. Nuestro Monardes necesita de algo mas que de vivir; necesita de una mitra entre... los Hotentotes.

Un soldado veterano del Ejército Chileno,

Así se subscrive el autor de un papelucho, que no está fecho con el cúmulo de ineptias que amontona contra el *Aviso al público*, pega sus tarascadas [segun moda] al Jeneral Blanco, y aun llega, impulsado de su patriótico miedo, a clavar el diente en el mismo gobierno, acusando la falta de energía de sus funcionarios. Escita, irritado, la vijilancia de la policia; invoca la severidad de los jueces; esparré el alarma, y grita furioso: "Alerta! Alerta!" ¿Que es esto señor, veterano? ¿Está el enemigo a nuestras puertas? ¿El ariete derriba ya nuestros muros? ¿Que! ¿No habeis visto la pieza publicada? ¿Ignorais que esa hoja de papel va a ser la señal de arrebató que nos prepara una nueva S. Bartolomé?—Ataje, señor Balero, los vientos de esa pavorosa fantasia, para que siquiera creamos que es soldado. Pero no; habia de ser soldado, y soldado chileno, el que provoca la persecucion contra el patriota honrado, la crueldad contra el caido, y las balas destinadas a los traidores y cobardes, contra los leales y valientes! Un soldado no inculpa tampoco a su Jeneral en el infortunio: hora como los veteranos de Fontainbleau.

COLEEA MORBO.

Memoria sobre el Colera Morbo á Algida para que cualquiera racional pueda conocerle quando se presente, y preservarse de las causas que puedan ocasionarla usando de los medios que se expresan al efecto.

[CONTINUACION AL NUMERO ANTERIOR.]

Esta enfermedad como todas las endémicas de su jenero, es mas propia de los paises meridionales intertropicales, que hacen la zona torrida, que de las zonas glaciales, y frías en donde ha desolado y permanecido tanto tiempo. La resolución de este problema parece que solo a la vista con la presencia de aquel aforismo *Minus periclitatur in morbis quorum etati et habitui et tempori*, y yo añadiré *et localitati magis similis fuerit morbus, quam in quibus eorum milis similis fuerit*, pues así por la contrariedad de la enfermedad al clima, como por que en ellos abunda mas el calor interno desenvolviendo el estado físico en las entrañas mas rapidamente, y por las causas, ó fisis-peptenciales locales que la han abrigado y modificado con el jermen epidémico, ha causado los estragos observados haciendo su curso por las partes australes y septentrionales de las zonas frías, y no hay duda que inclinada por la zona ardiente y encontrando iguales jermenes causará superiores estragos en lo jeneral no obstante su necesaria analogia.

METODO CURATIVO.

La etiología, ó el conocimiento de las causas de una enfermedad es la unica que debe conducirnos á rectas indicaciones terapéuticas. Siendo pues conocidos los orgános que padecen en el cólico, y el modo con que padecen, las indicaciones son naturales. Primera evitar el acceso, continuado de la causa epidémica que aumenta el grado de irritación inducido en los órganos afectados, purificando la atmosfera, y ária respirable del paciente por los medios posibles convenientes, y manuable, como vapores de binagre con yervas aromáticas puestas á hervir en la pisa, riego del mismo vinagre aromático, y de las plantas aromáticas en sus inmediaciones, que misiones de polvora, las fumigaciones de Guillon, Mérieux ó las de James Smith con que se ha estado en varias y calles en el glatero, sin pasar á otras partes, y sobre todo habiendo á la mano el cloruro de calcio de sodio, poner vasos en varios puntos con un tanto de cloruro y diez ó doce de agua natural cuyo g. z incuestionablemente goza la propiedad de ser un específico emético para desfogar lo infectado, y purificar la atmosfera, y miasmas de eferos pestilentes. Evitar los nuevos estímulos irritantes sobre la mucosa intestinal, y aplicar sobre ella sustancias temperantes para calmar, y disminuir la irritación. La dieta, las bebidas acuosas, los mucilaginosos, gomosos, y azúcares quebrantados llenan esta indicación. Segundo disminuir la cantidad de sangre, y con ella el estímulo y plejora que produce la irritación en los capilares de dicha membrana interna. Los sanguijuelas sobre todo corresponden al intento, en su defecto las bestias sañadas sobre el epigastrio, y en el caso de superior robustez las evacuaciones de sangre universales que la prudencia dicta. Tercero, remover la irritación de los órganos ofendidos por medio de los reductivos: Los diaforéticos blandos asociados con los diluyentes azúcares. B. A. Los tónicos mucilaginosos con un poco de binagre al grado proporcionado, y habiendo el guo Termometro de Reaumur al grado de 20 ó 22° ó de Fahrenheit al 75 ó 80° de media á tres cuartos de hora. Mas habiendo el aparato conveniente yo preferiría los baños de b. por por la mitad, ó el tercio de tiempo menos con el mismo cocimiento abigando bien al enfermo á la salida con b. y. t. calientes saumadas con aromáticos por la superior energía con que obran sobre la piel excitandola fuertemente para revelar el estado físico de las vísceras con el aumento de acción que provocan en contraposición al estado de la enfermedad, é inercia en que se halla la cutis. Los semicupios y fomentos repetidos al vientre del mismo género ó con un poco de laudano en lugar de binagre. (Continuará)

EL REGISTRO

Así como el club ministerial de Santiago no se cansa de publicar periodicos en que sus furibundos apóstoles prediquen la injusta guerra

contra la Confederacion y apuren los insultos contra el ilustre Jeneral Blanco tan caballero como verdadero patriota y celoso sostenedor del honor de las armas á que pertenece, del mismo modo y apesar del terrible efecto de las facultades extraordinarias, se repiten en Chile los escritos filosoficos de los ciudadanos juiciosos y rectos que habiendose hecho superiores á la contagiosa mania de aquellos por continuar una guerra escandalosa, se dedican á demostrar la necesidad de terminar la cuestion amistosamente y la injusticia con que los demagogos atacan la conducta del Jeneral Blanco en la pasada campaña: A este respecto ha tenido lugar la publicacion del Microscopio cuyo numero 1.º reimprimimos hoy.

Este periodico como otros impresos de que hemos impuesto á nuestros lectores en algunos numeros anteriores, está escrito con imparcialidad y justicia, desconoce los sarcasmos de los escritores ministeriales, presenta razones incontestables y conviene de una manera bastante clara la necesidad que tubo el Jeneral Blanco para celebrar el tratado de Paucarpuz; indica igualmente el numero de tropas que seria preciso para abrir una campaña en nuestro territorio con la esperanza de algun suceso favorable y la insignificante influencia de los proscriptos peruanos para proporcionar al ejército invasor la cooperacion de que tanto necesitó. Estas verdades estan apoyadas en hechos que acaban de tener lugar á la vista de todos y solo los obstinados desorganizadores de ambas naciones beligerantes podrán negarlos.

Resulta pues que el Gobierno de Chile para expedicionar nuevamente, necesita quantos menos aumentar el ejército hasta seis mil hombres con el equipo y la movilidad indispensables para obrar con rapidez y serán muchos los hombres que crean posible este aumento? No por cierto, pero supongamos allanados los grandes inconvenientes que lo imposibilitan. ¿Los ejércitos de la Confederacion no podrán presentar una linea mayor ó igual? ¿los soldados chilenos se batirán con mas denuevo que los nuestros? ¿los jenerales enemigos tendrán mejores conocimientos topograficos y sus aptitudes en la linea excederán á los de la Confederacion, ¿el soldado chileno sufrirá con mas constancia las marchas y contramarchas que el nuestro, ¿peleará con mas valor que este? ¿el éxito en fin de una primera batalla será conseguido por el ejército invasor? Los concedores imparciales de ambos ejércitos y demas probabilidades del triunfo responderán á nuestras preguntas. Nosotros solo podremos asegurar que los peruanos como todos los ciudadanos de todos los paises del universo no queremos ver hollado nuestro territorio por el extranjero; que arde en nuestros pechos como en los de aquellos el amor inextinguible de nuestros hogares; que nada puede obligarnos á sufrir la dominacion de un mandatario advenedizo; que sostendremos nuestro honor heroicamente y que si en una batalla la fortuna puede alagar á los invasores, el resultado de las que se repitan acabará alguna vez con los enemigos y coronará nuestros esfuerzos si no desaparecen antes completamente los ciudadanos de la Confederacion.

Imprenta del Estado por Rodolfo Vazquez.